Newton Compton Editores

© 2026, Ana González Duque. Autor representado por Sandra Bruna Agencia Literaria, S.L.
© 2026, de esta edición por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: septiembre de 2026

Newton Compton Editores es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.
Pl. Urquinaona, 11, 3.º 1.ª izq. Barcelona, 08010 (España)
www.newtoncomptoneditores.com

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.
www.maurispagnol.it

ISBN: 979-13-88015-01-4
DL: B 9.918-2026

Ilustración del mapa:
Riccardo Gola

Diseño de interiores:
David Pablo

Composición:
Rafael Medel López

Impreso en septiembre de 2026 en Puntoweb s.r.l., Ariccia (Roma), en Italia.

*Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del* copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.*

Ana González Duque

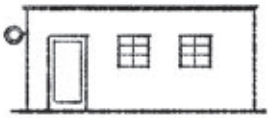
# Muerte en el club de lectura

Newton Compton Editores
Barcelona, 2026

Es extraña, por otra parte, esa sensación de apaciguamiento cuando acaba emergiendo aquello que nos negamos a ver pero que nos constaba que estaba ahí, enterrado no muy lejos, esa sensación de alivio cuando se confirma lo peor.

DELPHINE DE VIGAN,
*Las lealtades*

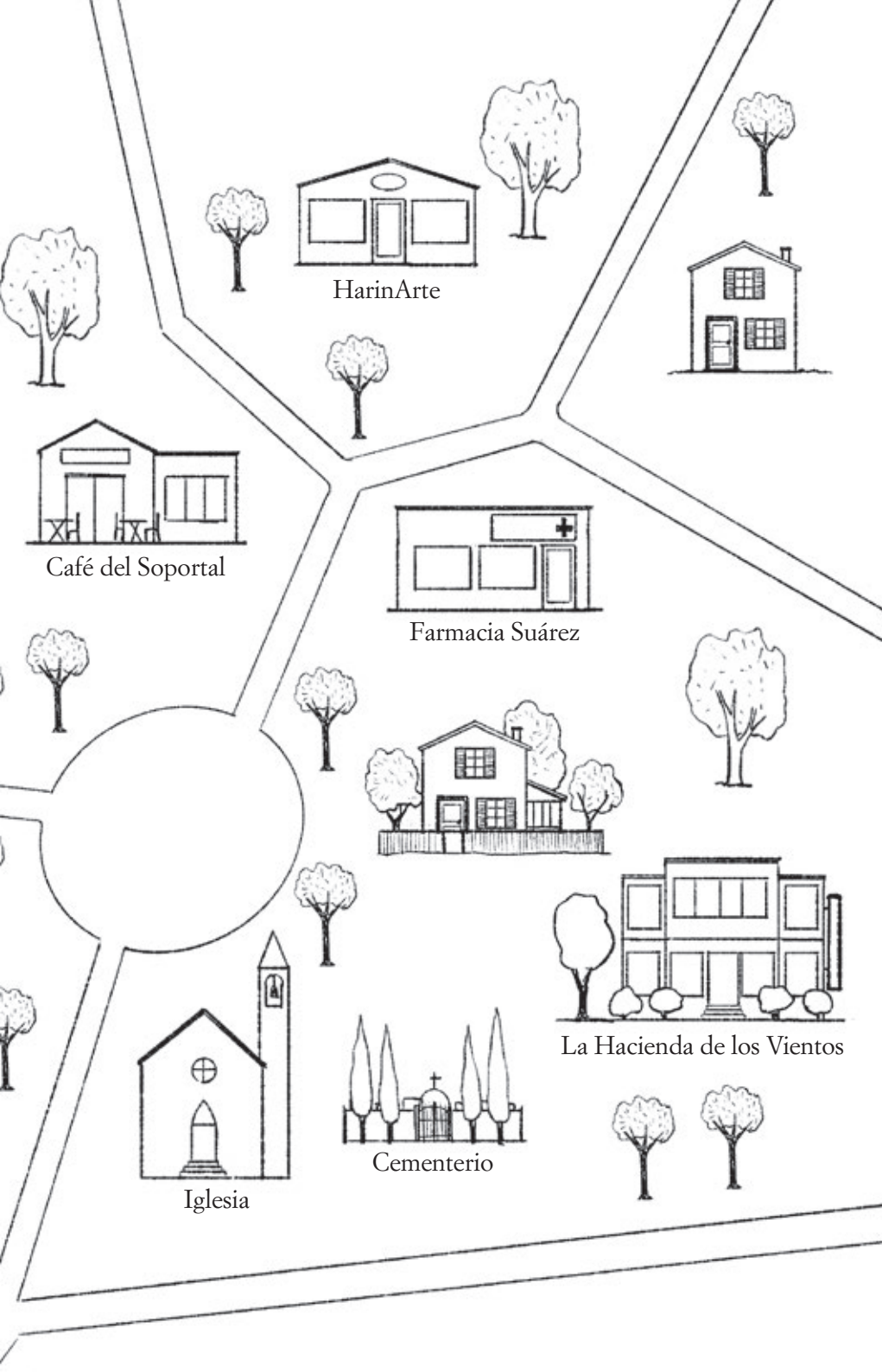
# Montealto



Comisaría

Colegio
Santa Brígida

Los Libros
Dorados


HarinArte
Café del Soportal
Farmacia Suárez
La Hacienda de los Vientos
Cementerio
Iglesia

# Prólogo

Jack Roswell había sido un niño regordete, luego un adolescente corpulento y ahora podría decirse que se trataba de un adulto entrado en carnes, de forma que colarse en la librería sin que nadie le viera, cual escapista de un circo, le resultaría complicado. Aun así, su volumen no le preocupaba especialmente. El placer de comer constituía para él uno de los pocos lujos constantes de la existencia y no veía la necesidad de restringirlo. La vida era corta y, después de todo, de algo había que morirse.

Lo que sí le había fastidiado de verdad era no haber podido terminarse a gusto el pastel de melocotón que había encargado para su cumpleaños. Solo había comido una porción diminuta –algo inaudito en él–. Apenas había probado bocado, pero la comida carecía de importancia. Lo único que contaba era aquel breve instante en que sabía que la librera no estaba y que, si la suerte lo acompañaba, tal vez podría encontrar lo que había ido a buscar antes de que esta regresara.

Mientras salía del hotel y caminaba a toda prisa hacia la librería, todavía notaba en el paladar la textura del bizcocho, jugoso y tibio, y la capa de crema pastelera deshaciéndose en su boca. El de aquel día estaba bueno, no podía negarlo, pero no llegaba ni de lejos al que preparaba su madre, con aquel toque de jengibre picante que afloraba al final y le hacía cerrar los ojos de placer. Siempre había comido así: demasiado, rápido, como si el mundo pudiera arrebatarle el plato en cualquier momento. A veces pensaba que, si dejaba el tenedor en la mesa y comía

con calma, el ruido en su cerebro se volvería insoportable. Comer resultaba más sencillo que pensar.

Se detuvo un instante frente a la fachada de Los Libros Dorados. Aquel establecimiento no figuraba entre los que la gente sube a las redes sociales para presumir de lugar bonito. Apenas llamaba la atención, salvo para el verdadero amante de las librerías. No se trataba de un edificio *vintage* ni moderno, sino de una construcción de piedra rojiza, pasada de moda, encajada en una calle lateral de Montealto, donde la puerta principal se separaba de la acera por tres escalones desgastados. Precisamente por tratarse de una calle pequeña, a aquella hora del mediodía en la que el sol adormecía a las moscas no pasaba nadie en absoluto. «Mejor», pensó. Así nadie lo vería.

Rodeó el edificio y, tras mirar alrededor con nerviosismo, saltó con bastante dificultad el muro que protegía el patio trasero. Cayó mal, con un golpe seco en las rodillas, y tuvo que quedarse unos segundos quieto, recuperando el aliento, con el sudor resbalándole por la espalda. Maldijo entre dientes y, luego, sacó el pañuelo de tela del bolsillo de su chaqueta, se cubrió la mano con él para no cortarse y rompió con el cortavidrios uno de los cristales esmerilados de la puerta trasera. La llave estaba puesta por dentro. Solo tuvo que girarla.

–Es demasiado confiada –murmuró.

Esperó inmóvil unos segundos, con el corazón golpeándole el pecho, aguardando el estruendo de una alarma que anunciara su estupidez al mundo entero. No ocurrió nada. Según su informante, la librera había salido con bastante prisa, y esta actitud había sido la responsable de que no activara la alarma cuya existencia anunciaba una plaquita. Jack entró y cerró la puerta con un cuidado casi reverencial.

Lo recibió un olor antiguo, mezcla de papel, madera y polvo. Las estanterías de caoba oscura, atiborradas de libros, cubrían las paredes hasta el techo. En mesas, bancos

y sillas distribuidas por el espacio se acumulaban más volúmenes, apilados con un orden que solo su dueña debía comprender. Y también había piezas de artesanía relacionadas con el mundo editorial: marcapáginas, bolsas de tela, soportes con formas curiosas..., pequeños objetos que parecían colocados con mimo, como si cada uno tuviera su historia.

Por un momento, Jack tuvo la incómoda sensación de estar profanando algo. Aquel lugar estaba pensado para la calma, el silencio compartido, y él traía consigo sudor, torpeza y urgencia. Se secó la frente con la manga y avanzó despacio, procurando no tocar nada, consciente de que no pertenecía a ese sitio.

«¿Por dónde empiezo?», pensó mientras se rascaba la barbilla. Suspiró. Aquello era buscar una aguja en un pajar. Lo que necesitaba no estaría a la vista, eso lo tenía claro. Caminó hacia las habitaciones pequeñas de la parte trasera y abrió una puerta, cubriéndose de nuevo la mano con el pañuelo. El despacho apareció ante sus ojos como una cápsula del tiempo. Las estanterías, cerradas con puertas de cristal, ocupaban las paredes en su totalidad. No había ventanas y la penumbra era más densa que en el resto de la librería. El aire estaba cargado de un polvo fino que parecía flotar, invisible, esperando ser respirado.

En un recodo de la estancia, un sillón orejero conservaba algunos pelos de gato en su cojín. Jack notó una presión incómoda en la garganta. «Maldita alergia». Tosió y se sonó con el pañuelo de tela que llevaba en la mano. Fue aún peor. Notó que el leve picor de ojos que había experimentado se tornaba en escozor y que veía mal, así que encendió la linterna del móvil. El haz de luz recorrió un escritorio robusto y recargado de madera oscura, acompañado por una silla de cuero verde que crujió levemente cuando Jack se apoyó en ella. Le costaba un poco respirar.

En la pared, a la derecha, colgaba el retrato de una mujer de gesto amable, con una pila de libros entre los brazos. Vestía ropa de otra época –tal vez de principios del siglo– y su mirada parecía seguirlo.

A Jack le gustó. Tenía una sonrisa que le recordó, de forma inesperada, a la de su madre cuando sacaba el pastel del horno. Sintió una punzada de soledad tan nítida que tuvo que tragar saliva. La memoria, traicionera, lo trasladó a las cenas de cumpleaños de su infancia: cerdo horneado, pan de ajo casero, verduras con hierbas aromáticas y aquel pastel de melocotón que nunca faltaba. Se le hizo la boca agua y le rugieron las tripas en el silencio del despacho.

–Concéntrate, estúpido –se dijo en voz baja.

Se acercó a las estanterías iluminándolas con el teléfono y vio que estaban cerradas con llave. Recorrió los títulos alineados tras el cristal, buscando con creciente ansiedad. Tenía que encontrar la prueba definitiva de que su investigación era correcta. Pero no estaba allí. Al menos, no a simple vista. Quizá estuviera dentro, entre los tomos.

Jack apoyó la mano en la vitrina e intentó abrirla sin resultado. «Cerrada con llave. Mierda».

Volvió a toser, esta vez con más fuerza. El picor en la garganta se transformó en una sensación de estrechamiento, como si alguien le apretara el cuello desde dentro. «Debería haber traído el antihistamínico», se dijo a sí mismo. Pero ¿cómo iba él a saber que iba a encontrarse en un sitio con gatos? Las librerías no deberían admitir felinos. Saldría en un momento, solo tenía que abrir aquella maldita puerta y largarse. Se esforzó por respirar despacio, aunque empezaba a escuchar las sibilancias con las que se anunciaba el broncoespasmo.

Respiró hondo. Si se moría de un ataque de asma en una librería de Valladolid, nadie notaría su ausencia. No lo esperaban en casa. Nadie lo llamaría para preguntar dón de estaba. Nadie lo había hecho tampoco para felicitarlo: su padre no estuvo presente en su vida, su madre ya no

seguía en ella y su tío, el único pariente que le quedaba vivo, nunca recordaba su cumpleaños. El trabajo había convertido a Jack en un ser bastante solitario. Montealto seguiría exactamente igual si él daba media vuelta y se marchaba por dónde había venido. Pero no lo hizo.

Sacó una pequeña herramienta del bolsillo y empezó a forcejear con la cerradura. El sudor le caía por las sienes. Le costaba tragar. Cada inspiración era más superficial que la anterior. Aun así, siguió. No podía irse. No después de haber llegado tan lejos.

La cerradura cedió con un clic casi imperceptible, pero Jack Roswell no fue consciente de su éxito. Era demasiado tarde para celebrarlo. En el mismo instante en que la puerta se abrió, sus pulmones decidieron dejar de funcionar. Intentó inspirar, pero el aire no le llegó a los bronquios. El despacho, los libros, el retrato de la mujer sonriendo..., todo empezó a alejarse.

Su último pensamiento quedó incompleto, suspendido en algún lugar entre el pastel de melocotón que no había terminado y la certeza absurda de que nadie lo echaría de menos.

Cayó al suelo, arrastrando consigo una pila de libros que ya nunca podría leer.

# 1
# Elena

La perimenopausia tenía un catálogo de síntomas francamente admirable: insomnio, migrañas traicioneras y unos golpes de calor capaces de convertir cualquier mañana de otoño en una de pleno agosto y luego dejarte temblando de frío en dos segundos. Elena llevaba días experimentando el lote completo. El viento, ajeno a sus problemas biológicos, se había vuelto más frío y húmedo, y la sensación se colaba bajo el abrigo y se le pegaba a la piel, enturbiándole aún más el ánimo. La migraña, poso de varias noches de mal sueño, empezó a hacerse notar.

No podía recordar un solo momento en los dos últimos meses en que la corriente de melancolía que le cubría los hombros no estuviera allí. Era persistente y más constante incluso que el gallo de la vecina, que la despertaba todos los días a las seis de la mañana sin falta. Suspiró y aceleró el paso, sintiendo el frío en las mejillas, para evitar que la lluvia la sorprendiera como si fuera Jane Bennet de camino a Netherfield Park. Aunque no creía que mojarse fuera a librarla de trabajar en la librería. En el caso de Elena, no había un señor Bingley esperándola al final del camino, ni una vida distinta escondida tras un malentendido romántico.

Había trabajado en Los Libros Dorados desde que tenía uso de razón. Primero, de niña, estorbando más que ayudando: sentada en un rincón con un libro demasiado grande para sus manos, escuchando conversaciones de adultos y aprendiendo a distinguir el sonido del papel antiguo. Luego, de adolescente, para ganar un dinero extra

en las épocas de más trabajo: envolviendo libros, ordenando estanterías y atendiendo a clientes que la miraban con condescendencia porque no era su madre.

Siempre había tenido la sana y un poco ingenua intención de hacer algo más. Viajar. Marcharse. Volar lejos de Montealto antes de que el pueblo se le incrustara definitivamente en los huesos. Soñaba con descubrir Italia, comer pasta con trufa en el mercado de Florencia, perderse por la Toscana, respirar el aire del Coliseo romano, sentarse en una plaza del Trastevere con un cuaderno y fingir que tenía toda la vida por delante.

Había leído sobre todos esos sitios. Siempre había leído más de lo que había vivido. Pero entonces su madre enfermó y durante los periodos malos necesitó atención continua, supervisión, cuidados. Y, además, alguien tenía que hacerse cargo de la librería. Así que Elena se quedó. Primero, convencida de que sería algo temporal. Luego, aceptando, casi sin darse cuenta, que la vida iba pasando mientras ella posponía la suya.

Su trabajo no le llenaba, pero podía llevarlo a cabo con facilidad. Llevaba las cuentas del negocio con eficacia y controlaba los gastos, intentando compensar el desorden crónico de su madre para que no estuvieran siempre al borde del desastre financiero. Sabía con exactitud cuánto se podía gastar y cuánto no, qué libros se vendían mejor y cuáles eran un capricho peligroso.

Pero no tenía el aura de Cecilia. Su sonrisa cálida. Sus ojos vivaces. El deslumbrante cabello ondulado que parecía reflejar la luz incluso en los días más grises. Su madre llenaba todas las habitaciones en las que entraba como un arcoíris humano lleno de belleza y color. En Montealto la querían todos. O, al menos, todos tenían una historia que contar sobre ella.

Sí, Cecilia atraía como un imán, pero no era nada práctica. Cuando pensaba en ella, Elena sacudía la cabeza con una mezcla de cariño y resignación. Tenía una debilidad

peligrosa por los ejemplares raros, las ediciones antiguas con anotaciones en los márgenes o los exlibris misteriosos. Compraba lotes completos en subastas solo porque aseguraba que uno de los volúmenes le había guiñado un ojo, pero aquellos flechazos no siempre se traducían en ventas. El inventario de la librería había sido una tarea titánica que quedaba sin terminar año tras año por su costumbre de acumular. En el pequeño almacén, el desbarajuste campaba a sus anchas, como si cada pila de libros fuera una promesa pendiente.

Para la comunidad de Montealto, sin embargo, Cecilia era una institución. La librera que siempre recomendaba la novela perfecta. La mujer que organizaba lecturas improvisadas. La que fiaba a quien lo necesitaba y discutía de literatura como si le fuera la vida en ello. Elena sabía que, para muchos, Los Libros Dorados era como un refugio. Y dejar que eso se perdiera le parecía una traición imperdonable.

Además, el caos vital de su madre había convertido la infancia de Elena en algo mágico. Cecilia vivía intensamente y, como Elena no tenía padre, pues este había muerto cuando era apenas una bebé, ella había constituido un mundo completo para su hija. Elena guardaba miles de recuerdos felices, un caleidoscopio en la memoria: tardes enteras leyendo juntas, viajes improvisados a ferias en las que su ilustrador o escritor preferido le firmaban sus libros infantiles y le decían que qué suerte tener una madre así, y conversaciones interminables sobre personajes que para ella eran casi personas reales.

Tras la muerte de su madre, Elena tuvo que hacerse cargo para siempre de la librería, que no era nada sin Cecilia y que estaba consumida por las deudas. Así que no había dinero para viajes. Ni para huidas. En el entierro fue su primo Horacio quien la apartó del féretro, quien la sostuvo cuando las piernas dejaron de responderle. Había comprendido su dolor porque sabía que Elena no solo

había perdido a su madre, sino el amor incondicional, el centro de su mundo. Ambos habían tenido siempre la capacidad de conectar, de hacerse reír mutuamente, de entenderse casi sin palabras. Y él había experimentado lo mismo muchos años antes con la muerte de su madre, la hermana de Cecilia, así que, unos días después del funeral, Elena le preguntó por el dolor. Horacio le confesó que a veces tenía la impresión de que su madre se había ido de vacaciones; entonces se descubría levantando el teléfono para contarle algo de su última novela. Otras veces le parecía que hacía siglos que ya no estaba.

Elena se sintió reconfortada. A ella le ocurría exactamente lo mismo. Todavía había momentos en los que esperaba que Cecilia entrara por la puerta de la librería, entusiasmada con su último hallazgo. O que le contara alguna anécdota, riéndose, como aquella vez en que un hombre con un nombre absurdo –Juan de la Flor o Juan del Tulipán, o algo así– había venido a comprarle un lote de la última subasta, una caja en la que solo había novelas y una biblia familiar antigua, y ella se lo había quitado de encima, a pesar de que necesitaban el dinero, solo porque no le gustaba su bigote.

Hablaba con ella cuando estaba sola en la librería: ya fuera para comentarle decisiones, quejarse o pedirle consejo. Y la mayor parte del tiempo se quedaba esperando la respuesta, olvidando durante una fracción de segundo que esta ya no llegaría. Incluso Coque, el gato vagabundo que se colaba cada mañana en la librería, había hecho suyo el sillón de Cecilia como si la echara de menos.

A sus cincuenta años, sentía que si vendía la librería para viajar o para hacer algo distinto con su vida, su madre se habría ido del todo. Estaría muerta, esta vez del todo. En sus horas más oscuras, Elena sabía que debía seguir adelante con el proyecto por ella. Por su memoria. Se habría sentido devastada si vendiera Los Libros Dorados y tirase

la toalla, puesto que la librería era el único lugar donde la ausencia no resultaba del todo definitiva; conservaba a su madre como un eco atrapado entre las estanterías. Si la perdía, Elena se perdería con ella.

Así que, aunque costara, aunque avanzar supusiera una batalla casi inalcanzable, debía hacerlo. Por mucho que quisiera escaparse un mes o seis a Florencia.

Por suerte, Horacio la ayudaría aquella noche con la primera reunión del club de lectura. Y después tendrían tiempo para charlar y ponerse al día con una copa de vino y el cordero que le había encargado a Amelia, la cocinera de La Hacienda de los Vientos.

Tragó saliva. Casi podía oler la carne que había dejado en el horno para recalentarla por la noche. Amelia cocinaba el mejor lechazo de Valladolid. Lástima que fuera tan charlatana; a Elena se le había hecho tardísimo porque esta no había parado de contarle, con entusiasmo creciente, las ideas que Elio Fernández, el heredero estaba aplicando al hotel rural para atraer clientes: reformas, experiencias exclusivas, eventos culturales... Todo era muy distinto a cuando don Tomás Pimentel vivía.

–Son nuevos tiempos –había sentenciado la cocinera, mientras removía una salsa–. Y don Elio se lo juega todo a esta carta.

Elena había asentido en silencio, aunque no había podido evitar pensar en el antiguo propietario. Todo Montealto sabía que había sido un desastre en casi todo, salvo en resultar encantador. Atractivo incluso cuando ya era anciano, con ese magnetismo inexplicable hacía que las mujeres lo miraran dos segundos de más. Se decía en voz baja, como se dicen esas cosas en los pueblos, que tenía un hijo en cada sitio adonde había viajado o, al menos, una promesa rota. La Hacienda había sobrevivido más por inercia que por buena gestión, sostenida a base de carisma, favores y una indulgencia general que a Elena siempre le había parecido peligrosa.

Elio –don Elio, como lo llamaba Amelia–, en cambio, no tenía nada de eso. No era un hombre de sonrisas fáciles ni de historias exageradas. Alto y estirado, tenso y contenido, tenía siempre la mandíbula apretada, como si cargara con demasiado peso sobre los hombros. Parecía caminar sobre una cuerda floja y Elena tenía la sensación de que, si La Hacienda de los Vientos no funcionaba, para Elio Fernández la pérdida sería personal, la privación de algo parecido a un legado. Las pocas veces que habían coincidido, el empresario se refería a su negocio con orgullo. Quizá por eso Amelia hablaba con tanto énfasis de sus planes y de su necesidad casi desesperada de que funcionaran.

«Se lo juega todo». Elena repitió para sí la frase de la cocinera. Y por primera vez pensó que, en el fondo, no era tan distinto a lo que ella estaba haciendo con la librería: implicarse en el negocio al cien por cien y hacer suyo el proyecto de otra persona a través de la innovación. Pero a Elena le daba la impresión de que el suyo en concreto la pillaba ya demasiado mayor para cambiar. ¿O no?

El club de lectura había sido la primera semilla. Y sentía que las ideas, cual champiñones, solo necesitaban un poco de terreno húmedo para brotar.

Inmersa en todos esos pensamientos, atravesó con prisas el arco central de la estación de Campo Grande cuando el reloj marcaba las tres de la tarde. El aire olía a hierro, a lluvia inminente y a café recalentado. El bullicio de la gente la recibió como una bofetada, agudizando la migraña. Pero el alivio al ver a Horacio, que la esperaba en el vestíbulo con su sonrisa franca, consiguió mitigar el dolor un poco.

«Quizá –pensó Elena mientras se acercaba a él– todavía no está todo perdido».

# 2
# Raúl

La tristeza lo despertaba cada mañana al mismo tiempo que las ganas de hacer pis. Era una combinación algo rara, pero invariable: cuerpo y mente de acuerdo para no ofrecerle ni un solo segundo de tregua. Si no fuera por esa urgencia física y por su hija, Raúl se daría la vuelta, se escondería bajo el edredón y dejaría el mundo fuera, como cuando de niño fingía dormir para no ir al colegio. Pero estaba Rosa. Y, en algún lugar no demasiado lejos, también estaba Iris, la madre de Raúl, siempre dispuesta a echarle una mano cuando él no llegaba a todo.

Rosa era la copia en pequeño de Patricia. El mismo pelo oscuro, la misma forma de fruncir la nariz cuando se concentraba, incluso esa manera de sonreír primero con los ojos. Y él aún no había decidido si aquello constituía una bendición o un castigo. Le hacía feliz mirarla..., pero, al mismo tiempo, al hacerlo sentía cómo se reabría su dolor. Había días en los que se sorprendía observando a la niña como si fuera un recuerdo vivo de su madre fallecida, algo que podía desaparecer si parpadeaba durante demasiado tiempo. Menos mal que Iris, siempre práctica, le recordaba a menudo que Rosa no era un fantasma del pasado, sino una cría que necesitaba un padre presente.

«Malditas ganas de hacer pis». Se levantó despacio, procurando no hacer ruido, aunque no había nadie a quien pudiera molestar. En el baño, se miró al espejo sin detenerse demasiado. No le gustaba lo que veía: un hombre más envejecido de lo que correspondía a un cuarentón, con ojeras persistentes y una expresión apagada.

Hasta que Patricia entró en su vida, Raúl había sido alguien sin importancia. Gris. Un químico competente, aplicado, de esos que hacen bien su trabajo sin llamar la atención, con buena relación con su madre viuda, a la que llamaba religiosamente todos los días. De joven había estudiado mucho, había cumplido con lo que se esperaba de él y había construido una existencia cómoda y previsible. Su mejor plan para los fines de semana consistía en refugiarse en casa con una novela histórica o clásica, una taza de café y lejos de todo. Tal vez por eso su madre había insistido tanto en que se apuntara al club de lectura de la librería: como si creyera que, rodeado de gente que también necesitaba historias, él podría encontrar una forma menos solitaria de seguir adelante.

Leía de forma voraz. Siempre lo había hecho. Los libros le daban algo que la vida real nunca parecía dispuesta a ofrecerle: finales, aunque fueran tristes. A veces pensaba que se había pasado media vida viviendo a través de personajes más valientes, más desgraciados o más interesantes que él. Había encontrado consuelo en la melancolía de Anna Karénina, en la soledad obstinada de ciertos héroes de Dickens, en la indolencia desesperante de Oblómov. En las mañanas más duras, se sentía especialmente identificado con este último: paralizado, atrapado en una vida que no sabía cómo volver a poner en marcha.

Porque Patricia había llegado para sacarlo de ese letargo sin pedir permiso. Y cuando ella se fue, todo volvió a detenerse.

La había conocido en una cena en casa de Miguel, un compañero de la empresa de químicos en la que trabajaba. El práctico Raúl no creía en el amor a primera vista. O, al menos, no admitiría jamás creer en esas cosas. Sin embargo, cuando aquella mujer entró en el salón, con la luz del mundo descansando sobre sus hombros, como si fuera un chal invisible, supo que se casaría con ella. Una certeza casi ridícula, de esas que pueblan las páginas de

las novelas románticas que nunca leía porque le parecían poco creíbles.

Había en ella una calidez difícil de explicar, algo en la forma de moverse que hacía que todo a su alrededor pareciera más vivo. Tenía la voz alegre. Y aquel pelo rizado, oscuro y tan indomable como su sentido del humor, en el que, con el tiempo, hundiría la cara para emborracharse de su olor a flores. Aquella mañana sonrió con tristeza al recordarlo y buscó ese aroma en la almohada de al lado, como hacía a veces. Patricia terminó siendo el oxígeno de su existencia. Gracias a ella, Raúl dejó de ser un hombre gris para convertirse en uno de colores. Cuando ella le anunció que estaba embarazada, con un deje de temor por su reacción, Raúl pensó que explotaría de felicidad. ¿Y qué si no lo habían planeado? Estaba seguro de que Patricia era su media naranja, de que sería la mejor madre del mundo, y se casaron.

Rosa nació en primavera y durante dos años y medio la vida de Raúl fue, sencillamente, perfecta. Disfrutaba de las cosas pequeñas: un paseo por el parque de Montealto, una cena tranquila mientras la niña dormía, una lectura compartida en el sofá, Patricia apoyando la cabeza en su hombro mientras él pasaba las páginas...

Y luego llegó la nada.

Patricia perdió la vida en un accidente de tráfico. Y Raúl volvió a ser un hombre gris. Los colores se diluyeron como tinta en el agua y, desde entonces, cada mañana despertaba con la sensación de haberse quedado atrapado en una novela triste que no había elegido leer..., pero de la que no podía saltarse ninguna escena.

# 3
# Lola

–No entiendo cómo puedes ganarte la vida de pastelera y que todo te salga tan soso y sin gracia.

A medio metro de distancia de Benjamín, Lola se tensó. Fue un gesto casi imperceptible, un leve encogerse de hombros que ya no esperaba ninguna defensa. Las palabras de él, sin embargo, no se registraron del todo en su cerebro. Las oyó, sí, pero como si la atravesaran sin dejar huella consciente, un ruido de fondo demasiado conocido. Prestar atención no tenía sentido. Las palabras se amoldaban siempre a lo que él quisiera.

–Lo probé de sal y me pareció que estaba bien –musitó, con la vista fija en el plato.

–Con esta porquería podríamos asfaltar la carretera que une Montealto y Valladolid.

Benjamín empujó la silla hacia atrás con brusquedad y se levantó, y el chirrido de las patas sobre el suelo de gres fue una señal de alarma que ya no alarmaba a nadie. De pie, el hombre parecía aún más alto de lo que era. Lola supo lo que venía incluso antes de que sucediera. Siempre era igual. Parecía una coreografía repetida hasta el agotamiento. El plato voló por los aires y se hizo añicos contra el suelo. La comida se desparramó en una mancha espesa, marrón y grasienta, salpicando cada rincón. Aquella cocina, que en otro tiempo había sido un espacio luminoso y funcional, se había convertido en un campo de batalla doméstico. El olor de la salsa se mezcló con el del metal caliente y el del detergente viejo.

Era curioso cómo Lola había dejado de sobresaltarse.

¿Se estaba rindiendo? Tal vez. Su corazón, que en algún momento lo había amado o, al menos, había creído hacerlo, estaba muerto. Y lo sabía: había llorado, suplicado, intentado razonar..., nada servía. Nada había servido nunca.

–Eres una completa inútil. Como tu padre. Una vaga que debería agradecerme más el dinero que entra en esta casa, porque si fuera por ti...

Lola apretó los dientes y bajó la cabeza. Notó que la mandíbula le temblaba, pero se obligó a mantenerla firme. Cómo odiaba a aquel hombre. Lo aborrecía con cada célula de su cuerpo. Si creyera en Dios, rezaría cada noche para que muriera con dolor, lentamente, sintiendo en el cuerpo una mínima parte de lo que ella llevaba años experimentando por dentro.

Benjamín tomó la chaqueta que había colgada en la entrada y, al pasar junto a ella, la rozó con el hombro en un gesto de desprecio calculado. Cerró la puerta dando un portazo que hizo vibrar los cristales del mueble del comedor. Lola permaneció inmóvil unos segundos, escuchando cómo los pasos de él se alejaban por el rellano. Con un poco de suerte, pasaría el tiempo suficiente en el bar como para que el alcohol lo anestesiara y no la tomara con ella a la vuelta.

El portazo abrió las compuertas de su pasividad y las lágrimas salieron a borbotones. Se dejó caer sobre la mesa y se deshizo en un llanto torpe, desordenado. Lloró por el monstruo en el que se había convertido aquel joven atractivo que la había enamorado hacía años, el que sabía escucharla, el que le decía que tenía talento con las manos. Lloró por la piltrafa en la que sentía que se había transformado ella. Porque necesitaba salir de aquel agujero, pero no tenía fuerzas ni energía, ni nada que se pareciera remotamente a la esperanza.

Había negado el abuso durante demasiado tiempo. Al principio, había minimizado las señales, convencida de

que todas las parejas discutían, de que el estrés lo volvía irritable. Se había culpado a sí misma, había buscado excusas. «Está cansado». «Tiene problemas en el trabajo». «Yo también tengo carácter». Le había pedido que buscara ayuda. Y él le había espetado que era ella la culpable, con su actitud egoísta; que, si ella mejoraba, les iría bien. Nunca más se lo volvió a pedir. ¿Para qué?

Pero en público sabía resultar encantador. Nadie habría sospechado nada. Nadie se habría parado a mirar más de cerca. La única persona que lo sabía era Amelia.

Las visitas al hotel y la lectura eran lo único que la mantenía en pie, ya que Lola iba a La Hacienda de los Vientos cada martes y cada jueves a entregar dulces. La primera vez que había entrado en la cocina, había recorrido la estancia con la bandeja en las manos tratando de no mostrar su asombro. Era amplia, con techos altos y ventanas que dejaban pasar la luz de la mañana, y una chimenea de piedra ocupaba toda una pared. Tenían una cava inmensa para vinos y un frigorífico cargado de cerveza artesanal de la zona, y siempre olía a cebolla pochándose despacio, a caldo recién hecho y a pan caliente. Las paredes estaban repletas de estanterías con tarros de cristal llenos de encurtidos caseros. Junto a ellos, colocados en orden, reposaban cucharones de madera de distintos tamaños y varios cuchillos bien afilados. Era una cocina vivida, usada, querida.

Amelia siempre le ofrecía un café y un rato de charla. Se sentaban en una esquina, cerca de la mesa de trabajo, mientras el resto del equipo iba y venía. Para Lola, aquel espacio era un refugio. Era como cuando leía *Como agua para chocolate*, uno de sus libros preferidos porque unía cocina y literatura. Lola comprendía, con una claridad casi dolorosa, que las emociones se filtraban en la comida, que de la misma manera que el amor y las emociones de la protagonista de Laura Esquivel se filtraban en sus platos, el odio podía arruinar un guiso.

A veces pensaba que por eso últimamente todo le salía soso. Porque estaba cocinando desde un lugar vacío.

Una mañana, cuando sentía que la última gota de dignidad se le había escurrido junto con el plato de Benjamín al suelo de la cocina, se lo contó a Amelia. No lo planeó. Simplemente se le escapó. Y, al hacerlo, el peso de su carga se alivió un poco. Su amiga, en lugar de escandalizarse o interrumpirla, la escuchó y, poniéndole una mano en el brazo, le dijo que no estaba loca y que tampoco exageraba. Tiempo después, le facilitó ayuda de manera más concreta a través de direcciones de teléfono y otros recursos.

La última vez, aquella noche que la forzó diciéndole que tenía suerte de que no se buscara a otras mujeres con lo frígida que era, Amelia había sido firme:

–Cariño, esto no puede continuar así. No va a dejar de hacerte daño. Tienes que irte de ahí. Yo te ayudo, pero hazlo.

Lola sabía que Amelia tenía razón, incluso lo notaba en el cuerpo. Pero, a pesar de sentirse agotada emocionalmente y avergonzada en lo más profundo de su ser, no se atrevía a salir de aquella pesadilla. Bendita Amelia, que, a pesar de tener sus propios problemas, siempre la escuchaba. Ojalá pudiera decirle que sí, que esa vez sí, que buscaría ayuda, que lo denunciaría.

Con un suspiro, se levantó de la silla y fue a buscar la escoba. Recogió los pedazos de loza del suelo con cuidado de no cortarse y fregó los restos de comida que su marido había dicho que sabían a pienso de perro. El movimiento mecánico de limpiar la ayudó a ordenar un poco los pensamientos. Después dejó los cacharros en remojo en el agua jabonosa, que le calentó las manos y la reconfortó.

A Lola siempre le había gustado cocinar. Su madre, antes de que el cáncer se la llevara, le había enseñado. Juntas habían elaborado todo tipo de guisos y pasteles caseros,

y los habían disfrutado en familia, con su padre sentado a la mesa, agradecido. Incluso cuando las cosas se pusieron difíciles y el dinero escaseó, la comida había sido siempre el corazón del hogar.

Su padre, Mariano, era un hombre delgado, de manos nerviosas y sonrisa tímida. Llevaba siempre gafas, aunque nunca las limpiaba del todo, y tenía el cabello canoso y algo rebelde. De él había heredado el amor por la lectura. Había sido él quien la llevaba a la biblioteca los sábados, quien le regaló su primer libro «de mayores»: un tomo de cuentos ilustrados de Hans Christian Andersen, quien le repetía que leer era una forma de viajar sin moverse. También quien la había animado a apuntarse al club de lectura de la librería de Elena.

–Te vendrá bien salir un poco –le dijo–. Y compartir libros siempre es compartir vida.

Lola lo recogería aquella tarde para ir juntos a la reunión. Pensó en él con una mezcla de ternura y miedo. Miedo a que notara algo. A que preguntara demasiado. Porque, si su padre supiera lo que pasaba en su casa, se moriría del disgusto.

Reprimió un escalofrío y se subió la cremallera de la chaqueta. Fregó los cacharros y los secó con calma, y luego se hizo una tila, agarró la taza con ambas manos, intentando absorber el calor del líquido, y se sentó en el sofá con el libro del club de lectura.

*El palacio de cristal* era una novela policiaca que no tenía mala pinta. De esas que prometían intriga sin excesos, un misterio bien planteado, personajes con aristas y una prosa lo bastante limpia para dejarse llevar sin esfuerzo. Lola la había empezado con ilusión, subrayando mentalmente detalles, dejándose atrapar por el ritmo..., pero no había podido terminarla por Benjamín. Nunca por falta de ganas. Siempre por miedo.

Porque leer implicaba bajar la guardia, y en su casa era peligroso hacerlo.

Aun así, sostuvo el libro entre las manos como quien agarra una tabla en mitad del naufragio. Deseaba que las páginas la transportaran a otras vidas, muy lejos de la miseria de la suya. Que el suspense calculado y el enigma del crimen ficticio fueran un refugio momentáneo. En las novelas de Horacio León los conflictos tenían principio y fin, las piezas encajaban y ella podía identificar al culpable. Había algo casi reconfortante en eso. En saber que el caos podía ordenarse. Que alguien, al final, descubría la verdad.

Todavía le quedaba una hora antes de salir. Una hora de tregua. Una hora sin gritos, sin portazos, sin miradas que juzgaran cada movimiento. Una hora en la que, quizá, podría fingir que todo iba bien. O, mejor aún: fingir que las vidas que no iban del todo bien no eran la suya, sino las de esos personajes que sufrían entre capítulos, protegidos por la distancia de la ficción. Durante sesenta minutos, Lola podía no ser Lola. Podía ser lectora. Y eso, en aquel momento, ya era una forma de salvación.